



ADMINISTRACIÓN:
 RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14
 BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147
 Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:
 D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:
 D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.
 Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.
 Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.
 D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
 D. Juan Vidal de Llobatera.
 D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazábal.
 D. Manuel Rodríguez Maillo.
 D. Gabriel J. Llompарт.
 D. Carlos Cruz Rodríguez.
 D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



DON SIMON DE MONTOYA

LAS OPERACIONES MILITARES NOCTURNAS

I

EN el arte de la guerra, cuyos procedimientos son tan complejos y variados, por efecto de las circunstancias y aun de los temperamentos personales, las operaciones nocturnas ocupan un lugar notable y con frecuencia entrañan consecuencias que alteran el curso de los sucesos, hacen surgir otros nuevos, destruyen ó modifican planes anteriormente combinados y varían la situación ventajosa ó comprometida de los beligerantes.

No es de extrañar que los aficionados á estudios militares se hayan detenido á tratar con brevedad de las operaciones nocturnas, examinándolas según hayan sido practicadas con ocasión de algunas guerras ó expediciones, analizando las ventajas obtenidas en ellas, los obstáculos superados, los fracasos sufridos y los descuidos que en ocasiones han dado lugar á funestos reveses.

La guerra, en nuestro concepto, puede compararse á esos medicamentos enérgicos y muy delicados, cuyo uso está prescrito para casos extremos; por eso mismo han de ser manejados con exquisita prudencia y conocimiento de su composición y alcances de su aplicación. Así, la guerra es conveniente cuando es necesaria; pero la teoría y el estudio de las campañas militares nunca dejan de ser instructivos é interesantes, por las enseñanzas que de ahí se derivan; porque en ello se ve, por la aplicación de lo pasado, lo que en circunstancias análogas pudiera hacerse en tiempos venideros.

Diez años antes de la guerra franco-prusiana decía el rey Federico Guillermo: «Los ataques nocturnos no son cosa factible para los franceses; los temen mucho, porque de noche su desorden habitual degenera en disolución.»—No inferiremos al ejército francés la ofensa de creer con el primer emperador alemán que su manera de combatir es habitualmente desordenada. Nos permitiremos únicamente de-

cir, llevados del legítimo orgullo nacional y fundados en la experiencia, que de los españoles no se hubiera atrevido el rey tudesco á sentar afirmación parecida.

Las campañas españolas, lo mismo en las luchas civiles como en guerras con extranjeros, tienen páginas brillantes (militarmente hablando) en la Historia y ofrecen ejemplos notables de operaciones militares, así diurnas como nocturnas.

Los servicios de avanzada y patrullas; las marchas, contramarchas y retiradas de noche; los ataques y asaltos en la oscuridad, ni son cosa rara en nuestros anales militares, ni antagónicos al carácter español, morigerado en tiempo de paz, disciplinado y enérgico en tiempo de guerra.

No es nuestro ánimo entrar aquí en un estudio detenido de estas operaciones nocturnas, cuya importancia es notoria, sino solamente llamar la atención de las personas estudiosas y entusiastas de nuestras glorias militares, para que, fijándose en este vasto campo de la historia y del arte de guerrear, puedan con lucimiento y utilidad desarrollar temas importantes y poner de manifiesto los métodos más autorizados por la referencia y la razón en las diversas peripecias y necesidades de la guerra. Un examen razonado é imparcial de las principales operaciones militares nocturnas practicadas en España durante el presente siglo, sería trabajo curioso y de no escasas ventajas. Datos abundantes pudieran hallarse en las crónicas de nuestras guerras, y en los documentos y apuntes que aun están inéditos. Las cuestiones algo debatidas acerca de la colocación de los puestos avanzados, de los centinelas solitarios ó en parejas, del uso exclusivo del arma blanca para las sorpresas nocturnas, de la forma de hostilizar al enemigo con el objeto principal de impedir su reposo durante la noche, el método más expedito para las marchas, el paso de los ríos, la colocación y construcción de trincheras; en fin, un sinnúmero de cuestiones que se prestan á trabajos militares durante la noche, teniendo en cuenta los adelantos modernos en armamento, telegrafía y óptica, pueden ser objeto de un

estudio provechoso, amenizado y confirmado con descripciones, ejemplos y casos prácticos de nuestros militares de reconocido juicio é indisputable mérito.

Concluiremos en el próximo artículo.

EL MARQUÉS DE VALDE-ESPINA.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS

DON SIMÓN DE MONTOYA

A pesar de ser la muerte el hecho más natural y corriente de la vida humana, sorprende siempre cuando arriba á descargar sus golpes en aquellos á quienes hemos conocido llenos de energía, y de rechazo afluye á nuestro corazón, cuando se trata de los que hemos querido y admirado por sus dotes militares en rudas campañas.

Dechado de preclaros varones era hasta hace pocos días el brigadier carlista cuyo nombre encabeza estos apuntes; modelo de cristianos y valerosos caballeros fué el antiguo jefe del 3.º de Navarra, y al transmitirnos el telégrafo la noticia de su fallecimiento, hemos experimentado la más penosa de las impresiones. No es una biografía lo que pretendemos escribir: es sólo un cariñoso recuerdo que al amigo y al soldado dedicamos, proponiéndonos sólo darlo á conocer á las futuras generaciones carlistas, pues las contemporáneas seguramente no olvidarán en mucho tiempo el nombre del bizarro jefe navarro en la última guerra (1).

La primera vez que le vimos fué en 1873. Era ya teniente coronel y compartía con el veterano de tres guerras civiles, D. José Lerga, el mando del tercer Batallón de Navarra. Sabida era en el ejército la absoluta confianza que en él tenía depositada su Coronel, pues á más de ser paisanos y amigos, sólo en el momento de romperse el fuego era cuando Lerga ocupaba el puesto que por Ordenanza le correspondía, dejando á Montoya el ímprobo trabajo de educar, organizar é instruir militarmente á su querido Batallón, como oficial procedente del ejército (2).

Ingresado, como hemos dicho, Montoya en el ejército carlista, tomó parte activa en cuantos hechos de armas se sucedieron en el Norte, desde muy al principio de la campaña, pues no olvidemos que su Batallón fué el tercero que se organizó en Navarra, y sería ocio-

(1) Máxime cuando nos consta que en la obra *Album de personajes carlistas* figurará una biografía más completa que la nuestra del inolvidable D. Simón de Montoya.

(2) Sus hechos anteriores á 1873 pueden condensarse así:

Cadete á los dieciséis años, 1850.

Alférez de infantería, 1854.

Grado de teniente por méritos de guerra, 1854.

Teniente por antigüedad, 1857.

Capitán por ídem, 1864.

Grado de comandante por gracia general, 1868.

Admitido como comandante del ejército carlista, ascendió á teniente coronel por las acciones de Allo, Estella y Dicastillo.

so en nosotros recordarlos, pues dicho se está que en todos adquirió grato renombre y la historia los detalla. Sólo nos permitiremos recordar tres principales, á los cuales debió sus merecidos ascensos á Coronel y á Brigadier: nos referimos á Abárzuza, Somorrostro y Biurrún (pues respecto á Lácar ya detallamos lo que hizo la Brigada Pérula á que pertenecía Montoya) (1). Describiremos someramente tales combates, pues dada su importancia merecerían hacerse con más detención. Dios mediante, los estudiaremos más adelante.

Formando parte de la Brigada del aguerrido D. Juan Yoldi, acudió con su Batallón el día 10 de marzo de 1874, después de haber escoltado desde Estella un numeroso convoy con toda felicidad (y eso que pasó á la vista de Vitoria, cuyas avanzadas amagaron atacarle, lo que no tuvo efecto, por haber Montoya tomado posiciones defensivas, y esperar sereno, aunque infructuosamente, la acometida), tomando posición frente al boquete de las Cortes, manteniéndola con desusado brío é impidiendo el avance de los enemigos. La movilidad en que estuvo todo el día le impidió guarecerse ni él ni sus soldados en defensa alguna, y siempre á caballo y á la cabeza de su Batallón, demostró su valor, pericia y serenidad. Los proyectiles de cañón estallaban á su paso, y los de fusil recibíanlos á quemarropa durante todo el día 25 (primero del avance del duque de la Torre). Únicamente al anochecer, y á tiro de pistola del enemigo, bajó á apoyarle el 6.º de Navarra, y su jefe, el bravo Inestrilla, pasó la noche sobre el propio terreno en unión de Montoya.

En los combates de Abárzuza, le tocó defender bravamente las posiciones de Muru y Murugarren, si bien esta segunda poco tiempo; pero al terminar la jornada del primer día, ó sea el 26 de junio, pernoctó con su batallón en la ermita. El 27 defendió con su acostumbrada valentía sus posiciones, hasta consumir el último cartucho, y entonces, desamparando sus zanjás, se arrojó seguido de una compañía á la bayoneta, haciendo retroceder á sus contrarios por dos veces consecutivas. Al ver las restantes el arrojó de su Coronel, siguiéronle entusiasmadas, y lograron lanzarlas hasta el pueblo de Zabal. Sospechando con sobrado fundamento que los liberales trataban de envolver la izquierda de la línea carlista, cerrando la posible retirada de éstos á las Amezcuas por Eraul, tomó las convenientes posiciones para impedirlo, en unión con el 8.º de Navarra, y el enemigo entonces desistió de su intento.

Después de la muerte del marqués del Duero y de la consiguiente retirada del ejército liberal, ocupó Abárzuza, á tiempo que entraba por el otro lado el General en jefe Dorregaray, del cual recibió la orden de presidir el Consejo de guerra que había de juzgar á 155 prisioneros enemigos que fueron cogidos en dicho punto. Solamente el deber militar pudo impedir que resignara Montoya tan sensible misión, pues como noble y generoso, preferido hubiera seguir comba-

(1) Véase EL ESTANDARTE REAL, núm. 15.

tiendo á tener que aplicar el rigor con que las Ordenanzas del ejército condenan á los incendiarios.

El pueblo de Abárzuza ardía aún por sus cuatro costados; hombres, mujeres y niños lamentaban la pérdida de sus hogares, y pedían á los carlistas armados venganza contra los liberales. Las órdenes recibidas por Montoya eran terminantes, y no es del caso discutir la justicia ó conveniencia del castigo. Sin embargo, tal obró Montoya en aquella triste ocasión, que consiguió con más ó menos justificados pretextos (uno de ellos deteniendo tres horas la ejecución de la sentencia y otro facilitando su caballo para que sus compañeros gestionaran el indulto) que su Rey ejerciera su clemente prerrogativa, consintiendo en que fueran diezmados los soldados, como caracterizados

jefes se lo pidieron. Quedaron, pues, reducidas las víctimas á 12, entre ellos dos oficiales, pues todos menos éstos pudieron conseguir salvar la vida, confundiendo con los soldados al arrancarse sus insignias, como les propusieron los mismos carlistas. Esto ocasionó á Montoya una fuerte reprensión del General en jefe y del jefe de Estado Mayor Oliver, reprensión que sufrió gustosísimo Montoya á trueque de haber noblemente contribuido á salvar la vida á 143 de sus semejantes.

En Biurrun se cubrió de gloria Montoya, en términos de que le felicitara calurosamente su Rey, después del combate, así como su inmediato jefe D. José Pérula. El hecho fué el siguiente:

Los liberales ocupaban Biurrun, en número de



Hospital de Santurce (Vizcaya).

6.000 hombres, con Olcoz, Murru y otros puntos, para asegurar el paso de un convoy á Pamplona, y Pérula dispuso fuese flanqueada la primera posición por el 2.º de Navarra y 2.º de Castilla, marchando de vanguardia el 3.º Partieron, pues, de Subiza estas fuerzas, y Montoya se adelantó un buen espacio á sus compañeros, en términos de que, al remontar la cresta de una altura que dominaba al pueblo, se encontró á los enemigos á distancia de medio tiro de fusil. Descubiertos por éstos los carlistas, dispuso Montoya fueran formando las compañías conforme iban llegando á la posición, contestando con vivo fuego al no menos vivo de los liberales. Las dificultades del camino hicieron que se retrasaran un tanto las otras fuerzas de la Brigada, de modo que el 3.º se vió empeñado en un combate hartamente rudo y desigual; pero que ya roto el fuego, no permitía el honor de las armas que retrocediera, sin escondersele, sin embargo, á Montoya la gran responsabilidad que para él pudiera tener un descalabró. Esto no impidió que avanzara intrépidamente

hacia Biurrun, llevando por delante al enemigo hasta las mismas casas del pueblo, y concluyendo por arrojarle de él á la bayoneta, precisamente en el momento que los restantes batallones entraban por los flancos y la caballería, al mando del valiente D. Juan Ortigosa, cargaba y acuchillaba á los liberales. Estos procuraron recuperar sus perdidas posiciones; lo cual no les fué dado conseguir cuantas veces lo intentaron, á pesar de la inmensa ventaja numérica de sus fuerzas, tanto en Biurrun como en los pueblos inmediatos, que impasibles contemplaron la acometida de los carlistas. Tan brillante hecho de armas, el botín de guerra que recogieron y los 100 prisioneros que al enemigo hicieron, con la rapidez al llevarlo á cabo, hizo que Don Carlos concediera la corbata de San Fernando á los tres Batallones y á la caballería que tan magnífica victoria consiguieron.

Continuó la campaña, y Montoya, con su Batallón, y después con su cuarta brigada de Navarra, tomó parte en diferentes combates, singularmente en el de

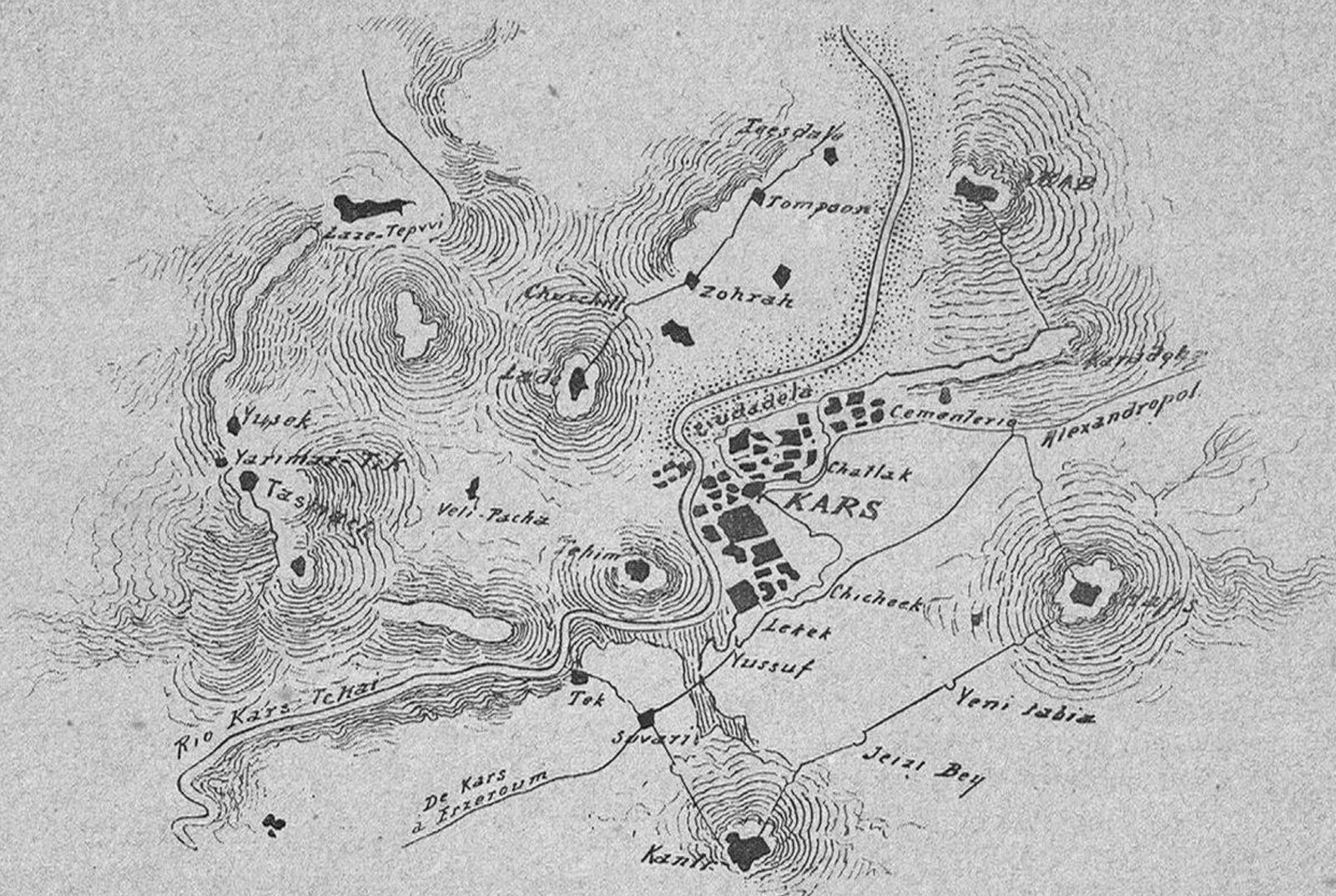
Lácar, hasta que á mediados de 1875, y á causa de los achaques de su antiguo jefe el Brigadier carlista Lerga, que desempeñaba la Comandancia general de Navarra, fué nombrado para reemplazarle, en cuyo puesto y destino permaneció hasta el fin de la guerra.

Emigrado primero en Francia, y retirado después en Viana, vivió Montoya dedicado al cuidado de su escasa fortuna, y cuando el viaje de Don Carlos á América fué nombrado delegado suyo en Navarra. A principios de 1891 se le indicó la necesidad de que se presentara diputado por el distrito de Estella, donde tan conocido y tan popular era el antiguo caudillo carlista; aun cuando nunca entró en sus planes ser hombre

político, obedeció como leal soldado. Seguramente hubiera ganado la elección (que perdió por muy pocos votos), si su personalidad no hubiera sido tan combatida por todos aquellos medios de que dispone siempre el Gobierno constituido. Días después, los periódicos anunciaron su muerte en Viana. Dios misericordioso habrá acogido en su seno al valiente adalid carlista; pero su memoria vivirá siempre rodeada de honrosa aureola en el corazón de sus amigos y compañeros.

Madrid, 20 de febrero de 1891.

ANTONIO BREA.



Plano de Kars.

ESTUDIOS MILITARES

ASALTO DE KARS EN 1877

I

LA toma en una noche de la importantísima plaza de Kars, en la Armenia, llevada á cabo por el ejército ruso en 1877, se halla á la altura de las batallas libradas frente al campo atrincherado de Plewna y á las del paso de los Balkanes. Estas tres operaciones militares decidieron del éxito de la última guerra turco-rusa.

Vamos á ocuparnos hoy del primero de estos episodios, empezando por poner al corriente al lector de las circunstancias de la plaza, topografía del terreno, defensas y número y clase de los ejércitos combatientes.

Aleccionado por dolorosa experiencia de guerras anteriores, el ejército ruso, en vista de lo costoso que le había sido dejar en poder de los turcos su centine-

la avanzado en Asia, y de las numerosísimas pérdidas sufridas en 1854 por el General Mouravieff, decidieron con muy buen acuerdo los generales rusos intentar la toma por sorpresa de la plaza de Kars, aprovechándose de la feliz circunstancia de tener bloqueado á la mayor parte del ejército enemigo que pudiera ir en su socorro. Claro es que, antes de embestir la plaza, había necesidad absoluta de inutilizar ó reducir á la impotencia aquel ejército que había de acudir en su auxilio, máxime cuando su General en jefe, Muktar-Pachá, era, después del Muchir-Osmán, defensor de Plewna, el mejor de los generales otomanos.

La sangrienta batalla del Aladja y la de Deve-Buyun, que Muktar perdió, debido más que nada á la incuria y abandono en que el Consejo que rodeaba al Sultán dejó á su lugarteniente de Asia, ahorró á los rusos la mitad del camino. Las aguerridas fuerzas del Gran Duque Miguel y de su jefe de Estado Mayor el General Loris-Mélikoff, lograron batir, desbandar y

desmoralizar, en tales términos, las tropas de Muktar-Pachá, que éste, no sólo se veía imposibilitado de acudir á sostener á Kars, sino que escasamente podía él mismo franquear los muros de Erzeroun, al amparo de los cuales, siempre infatigable y valeroso el General turco, se proponía reorganizar sus abatidas y destruzadas huestes.

Persiguiendo, pues, los rusos su idea de tomar á Kars, trataron en primer término de inutilizar, como hemos dicho, el ejército de socorro, con cuyo fin destinaron 25.000 hombres que, al mando del General Heyman, se opusieran á cuantas tentativas hiciera Muktar-Bajá para salir de Erzeroun. Prescindamos, pues, de ambas fuerzas, y entremos de lleno en el objeto principal que nos propusimos, cual fué el asalto y toma de la importantísima plaza de Kars.

II

Tanto en 1829, como en 1855, los Generales Pas-kiewich y Mouravieff habían rendido Kars, ciudad de 20.000 habitantes; pero á costa de considerables pérdidas. Su posesión era de inmensa importancia, pues no era prudente á ningún ejército de la Turquía asiática dejar á la espalda una plaza de guerra que albergaba un ejército de 30 á 35 batallones, amparados en multitud de fuertes, el cual podía fácilmente caer de flanco ó por la espalda sobre él, cortando la línea de comunicaciones del ejército que previamente no lo hubiera dominado. Fué, por tanto, pie forzado para los rusos la toma de Kars, tan próxima á su frontera, que no dista de ella sino pocos kilómetros.

El accidentado terreno sobre el cual se halla edificada la ciudad, más que los fuertes que la protegen, ha sido siempre su principal defensa. En efecto; el río Kars-Tchaï, casi adosado al SO. de ella y encauzado en profundos barrancos, hallándose además la ciudad rodeada de montañas rocosas en su mayor parte (véase el croquis) y no habiendo entre las de su frente ninguna cuya altura pueda servir para dominarla y batirla por consiguiente, se comprende lo difícil que es su conquista.

Aprovechándose, por ende, los ingenieros turcos de los accidentes del terreno; reparada de tiempos atrás su antigua muralla, habían rodeado á la población de multitud de fuertes, y últimamente habían puesto en comunicación unos con otros por medio de líneas de trincheras y lunetas avanzadas. Los principales eran los de Kauly y Hafiz en la orilla izquierda, y los de Tchim, Thamass y la ciudadela en la derecha. El Comandante en jefe de la plaza era Hussein-Pachá, hombre valeroso y enérgico, pero poco inteligente, si bien tenía la fortuna de que su jefe de Estado Mayor, llamado Hussein como él, reunía en sí las circunstancias que al gobernador le faltaban, es decir, unos conocimientos nada comunes y una actividad incansable. El distribuía y cambiaba de lugar las fuerzas cuando le parecía conveniente; él aumentaba y corregía las fortificaciones y reductos, estableciendo comunicaciones entre ellos, y por último los dotó de almacenes,

acuartelamientos y de todo cuanto contribuir podía á su mejor defensa.

Por su parte, los rusos, decididos á hacerse dueños de Kars, pero en breve tiempo, para evitar bajas, y disponiendo de fuerzas suficientes para aniquilar el ejército turco de Erzeroun, sin que se reprodujeran los trabajos de otras embestidas, como ya hemos dicho (1), sólo esperaron, manteniendo sus fuerzas alrededor de Kars en rigurosa línea de bloqueo, á que llegaran las piezas de sitio suficientes para el caso.

Su ejército, compuesto de 41 batallones, 53 escuadrones y 98 cañones de campaña, se dividió en dos partes principales, amén de su reserva: ejército encargado de los fuertes de la izquierda del Kars-Tchaï, el primero bajo el inmediato mando del Teniente general Lazaref y el segundo encargado de la derecha, bajo el de igual clase Roop. El 4 de Noviembre llegaron 48 cañones de grueso calibre, que se emplearon trabajosamente, por la calidad rocosa del terreno, á 1.200 metros próximamente, contra los fuertes de Hafiz, Karadag y Suwari, rompiéndose el fuego el 11, no sin que los turcos trataran de impedir el establecimiento de las baterías desde el segundo de dichos fuertes (2).

El cañoneo fué contestado por las baterías turcas, pues éstos á su vez tenían emplazados cerca de 200 cañones en el recinto y en los fuertes. Resuelto por fin el asalto, se acordó verificarlo en la noche del 17, ordenando, en su consecuencia, que el verdadero ataque se dirigiera contra los fuertes de Hafiz, Kauly, Suwari y Tchim, sin perjuicio de que otras columnas atacaran simultáneamente los de la otra orilla, no sólo para distraer fuerzas de los puntos principales, sino para aprovecharse de cualquier descuido del enemigo y convertir en verdadero asalto lo que se iniciaba sólo como amenaza ó amago. Formáronse, en su consecuencia, las columnas siguientes:

1.^a La del Mayor general Kosnarof, compuesta de 4 batallones y 16 cañones, dirigida contra el fuerte de Tchim, la cual debía obrar en combinación con la 2.^a, destinada á ayudarla después de asaltado como primer objetivo el fuerte de Suwari; esta columna se componía de 3 batallones y su jefe era el Teniente coronel Melikof.

3.^a La del Mayor general De Grabbe, compuesta de 4 batallones y una batería, debía asaltar el fuerte de Kauly, con otra columna (la 4.^a) fuerte de 5 batallones y otra batería, al mando del Coronel Vodjadine.

5.^a El Mayor general Alkorof debía, con 5 batallones y una batería, asaltar el fuerte de Hafiz.

6.^a La columna del Mayor general Ridzeuski debía dirigirse contra los fuertes de Arab y Karadag.

7.^a El Mayor general Scheremetief debía, con 7

(1) Sobre todo la de Mouravieff, que tardó cinco meses en hacerse dueño de la plaza, la cual no se rindió al fin sino por falta de víveres y municiones.

(2) Lo cual no les era difícil, porque la infantería turca apuntaba bien, dirigía sus tiros á los jefes y oficiales y además estaba armada con fusiles de repetición. De ahí que los rusos tuvieran siempre que defenderse de una verdadera lluvia de plomo.

batallones y una batería, darse la mano y servir de lazo de unión entre la columna anterior y la

8.^a Compuesta de 4 ¹/₂ batallones y 3 baterías de á 9, que había de tener por objeto apoderarse, ó entretener por lo menos, los fuertes de Laz, Tepessi y Muklis.

9.^a El Coronel Statevich debía atacar resueltamente Takmass con 2 batallones y algunos cañones.

La caballería, compuesta de 6 regimientos, al mando del Mayor general Scherbatof, debía ocupar el camino de Erzeroun por todas sus avenidas, con el fin de cortar á la guarnición turca, si abandonaba la plaza. Veamos ahora punto por punto cómo se llenaron los deseos del Gran Duque Miguel y del General Melikoff.

III

A las ocho de la noche del 17 de Noviembre, la artillería de la columna 9.^a rompió el fuego sobre el fuerte Takmass, en cuyo momento la 2.^a, ó sea la del Teniente coronel Melikoff se lanzó resueltamente al asalto, arrollando los defensores de las trincheras abiertas delante del fuerte Suwari y entrando á la carrera, detrás de los sorprendidos turcos, dentro de la obra principal. Dado este primer paso, le guarneció con algunas compañías y siguió adelante; atravesó el río por el puente más próximo (1) y los vados, y no se detuvo sino por el vivísimo fuego con que casi á quemarropa le recibió el fuerte de Tchim, cuyos defensores, al abrigo de sus obras, le obligaron á retroceder para con



Regalo de Don Carlos á Doña Blanca.

más espacio ordenar sus arrojadas y castigadas huestes.

Avisado por el fuego del cercano fuerte de Suwari, el General De Grabbe dividió inmediatamente su fuerza en dos columnas, y tomando para sí el mando de la derecha, se lanzaron impetuosamente sobre las trincheras avanzadas de Kauly, que tomaron con singular bravura, arrojando á los turcos contra el recinto principal, de que asimismo se hicieron dueños, con el valor desplegado por todos los rusos en aquella noche, teniendo la desgracia de ser herido dicho General y muerto el Coronel Vodjakine que mandaba la columna de la izquierda. Los turcos se refugiaron en un fuerte cuartel que estaba situado en la gola de los baluartes, rompiendo un nutridísimo fuego contra los rusos que se hallaban al descubierto; por lo que sus jefes ordenaron la retirada, á fin de rehacerse al abrigo de los fosos. El Coronel Belinski, que reemplazó á Vodjakine, cayó muerto al embestir de nuevo al enemigo. Apercebido el General Lazaref de lo que acontecía, mandó en el acto 12 compañías á Kauly para reforzar las columnas 3.^a y 4.^a, y no siendo esto bastante por tratarse de un enemigo como el turco, que tanta tenacidad demuestra siempre cuando se ampara con algu-

na defensa, hizo destacar de la caballería del General Tchatchavatzé dos valientes regimientos de cosacos, que echando pie á tierra, recobraron con poderoso empuje todas las fortificaciones de Kauly, estableciéndose en ellas, á excepción de la casa-cuartel mencionada, que no se rindió hasta las cuatro de la madrugada.

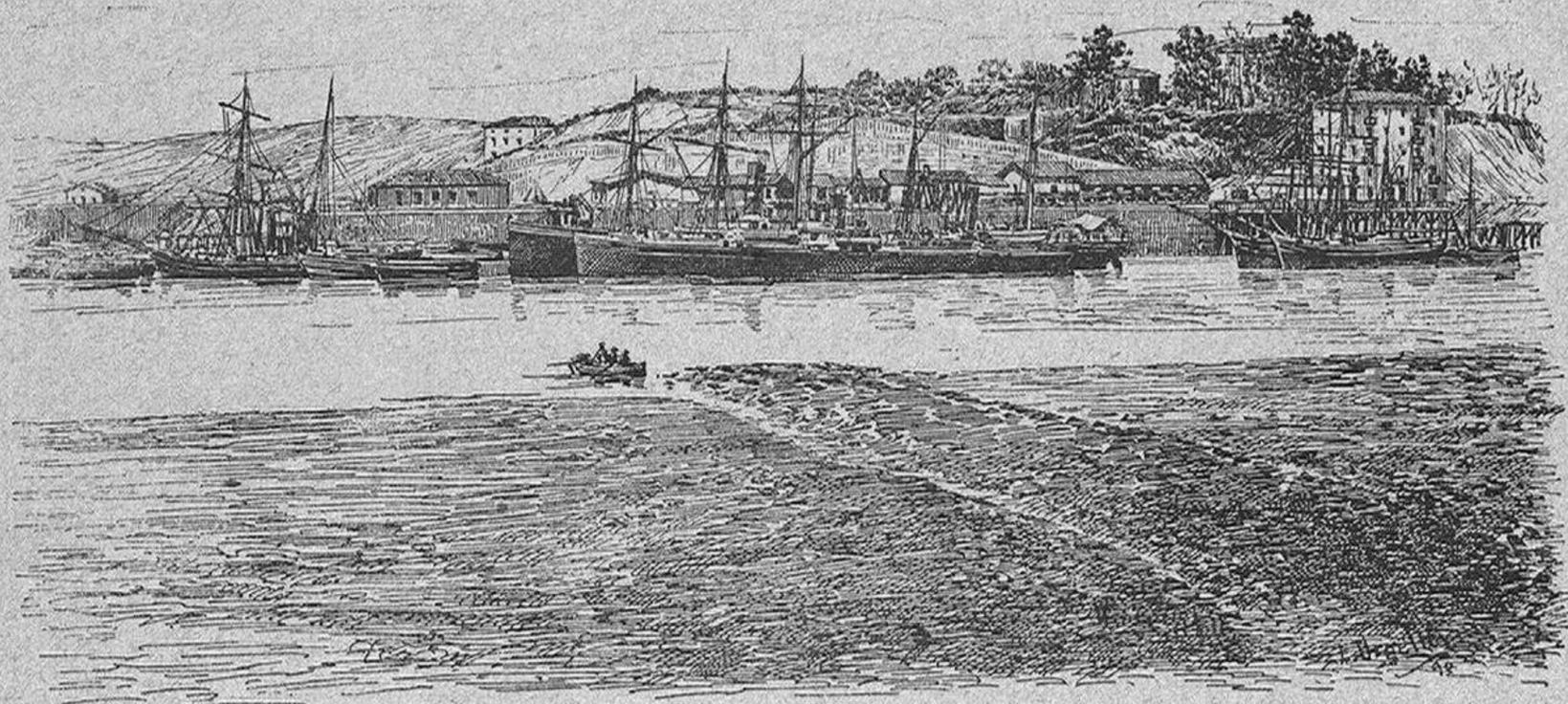
A las diez de la noche, la 5.^a columna se dirigió á la carrera y sin disparar un tiro contra el fuerte de Hafiz, dividiendo también sus fuerzas en dos columnas. El General Alkarof fué recibido con un violentísimo fuego de fusil y metralla, no sólo de las trincheras del fuerte que atacaba, sino desde otras que se hallaban á media ladera del Karadag y de la obra colocada en su cima. Comprendiendo desde luego el General que nada adelantaría si no limpiaba de enemigos su derecha, cambió de frente, emprendiendo velozmente su marcha hacia el referido monte. Pocos minutos resistieron los turcos el denodado ataque de los rusos; así es que abandonaron las trincheras, que quedaron cubiertas de cadáveres, y subieron á cobijarse en la obra

(1) Véase el plano, y para más detalles puede consultarse la obra de A. Le Faure, titulada *Histoire de la guerre d'Orient*.

principal. Ni aun allí se hallaron los turcos libres de las bayonetas rusas, pues los asaltantes les seguían de cerca, y entraron unos y otros revueltos en el fuerte. Arrojadlos de él, siguieron retirándose hasta Arab, y entonces los rusos guarnecieron Karadag y descendieron contra su principal objetivo, que, como dejamos dicho, era Hafiz. Poco tiempo se sostuvieron los turcos en esta posición, pues enardecidos los rusos con su reciente triunfo en Kardaag, no pudieron resistir el violento empuje de los rusos y abandonaron el fuerte, refugiándose en la ciudad.

Enterado el General Lazaref, Comandante en jefe

de las columnas de asalto, del brillante resultado obtenido por éstas, á excepción de la que penetró en el fuerte Suwari, y á la que suponía empeñada ó acaso comprometida, dispuso en el acto que todas las fuerzas que no guarnecían las defensas tomadas se dirigieran por el camino más corto sobre la población, ciudadela y fuerte Tchim, donde creía se hallaba Melikof. Las fuerzas de Lazaref, pues, se lanzaron desde diversos puntos, y tal fué la rudeza del ataque, que los turcos se cobijaron en la ciudadela, rompiendo sus defensores un vivo fuego de cañón y fusil contra los asaltantes. El combate en las calles era casi individual; pero



Vizcaya.—El Desierto.

como llevaban siempre la mejor parte los rusos, fueron sus enemigos arrollados por todas partes. Ni aun en la ciudadela se encontraron seguros, pues abrieron sus puertas á los rusos, entregándose prisioneros los turcos, á excepción de algunos pocos, que emprendieron resueltamente la retirada.

Encargado, como hemos dicho, el jefe de la 6.º columna, Mayor general Ridzeuski, de dirigirse con 4 batallones y 24 piezas de los fuertes Arab y Karadag, y llegando á su noticia en el camino que se le había adelantado el de la 5.ª y héchese fuerte Karadag, se arrojó con brío sobre Arab, del que se hizo dueño en escasos veinte minutos. Tal fué el pánico de sus defensores ante el potente ataque de los rusos, que no pararon hasta refugiarse algunos en Kars, que atravesaron también, buscando su salvación en la fuga por cerros y barrancos.

IV

Mientras tanto, no fueron los rusos tan afortunados en el ataque de la izquierda. Recordemos que el General Scheremetief, jefe de la 7.ª y 8.ª columnas, debía poner en comunicación los fuertes de Arab y Karadag con los de Tepessi y Muklis, con 12 batallones y 3 baterías, y que el Coronel Statevich, jefe de la 9.ª columna, fuerte de dos batallones y algunos cañones debía hacerse dueño de Takmass, y una vez en éste, seguir adelante sobre el fuerte Tchim. Este impetuoso jefe arrojó, en efecto, sus fuerzas sobre Takmass, pero antes de llegar á él, fué sorprendido por imponentes masas turcas que se le impusieron en atrincheramientos avanzados de la obra atacada. Si sostenido y brillante fué el ataque, no lo fué menos la defensa; así es que los rusos viéronse obligados á retroceder para se-

pararse. Al mismo tiempo los Coroneles Melikof y Boukief se hallaban luchando sin resultado contra la fuerte posición de Tchim, reforzada por tropas de las guarniciones de Veli-Pachá y Muklis. El primero logró apoderarse del Cementerio, que se hallaba delante de la fortificación; pero fué tal la lluvia de balas que cayó sobre ellos, que segunda vez fueron rechazados, te-

niendo Melikof la desgracia de caer mortalmente herido. Por fin pudo desembarazarse Boukief de los turcos que le rodeaban; cayó sobre ellos, los encerró de nuevo en Tchim y revolvió sobre Takmass en unión de las tropas de Statevich. En vano los bizarros batallones rusos se cubrían de gloria escalando una y otra vez parapetos y trincheras; en vano caían unos sobre



Homenaje á Peral

otros en los fosos, donde eran víctimas de granadas de mano y de mortífero fuego; inútiles fueron sus heroicos esfuerzos, y Boukief selló con su vida, así como Melikof, su incomparable valentía.

Sabedor de esto el Coronel Komarof, juntó las tropas que menos habían sufrido en el ataque contra Takmass, y ayudado por otro batallón de la reserva, embistieron de nuevo contra Tchim. Esta columna atravesó por en medio de los cruzados fuegos de Tchim, Takmass y Veli-Pachá; llegaron, sin embargo, hasta la mis-

ma contraescarpa, rompiendo un violento fuego de cañón, todo en vano, á las dos hubo de darse la señal de retirada.

Otro tanto hubo de acontecer al Coronel Tcheremisinof, que se hallaba en observación de Tik y Laztepepsi, á pesar de haber llegado á la carrera hasta el mismo foso; los turcos estaban apercebidos, y tuvieron los rusos que retroceder, si bien no alejándose y abriendo trincheras para guarecerse del fuego enemigo.

Combatidos los fuertes de la izquierda tan brava-

mente como lo fueron los de la derecha, creemos, sin embargo, que pudieron los turcos mantenerse en sus posiciones, si su fuerza moral no estuviera quebrantada. Pero en el momento en que amaneció y vieron ondear las banderas enemigas, no sólo en los fuertes todos de la derecha, sino en la población y ciudadela, no pensaron más que en huir, previos sostenidos cañoneos contra los fuertes Arab y Karadag. El ejército turco desfilaba en nutridas masas, precedidas por su caballería tcherkesa, desde la ciudad y fuertes, por los barrancos y desfiladeros del Kars-Tchaï. Pero aun allí no habían de acabar sus penalidades, porque imponentes fuerzas de artillería y caballería les esperaban camino de Erzeroun y sus inmediaciones, á las órdenes de los Generales Roop y Schachavatzé. Dos veces hicieron frente los desdichados turcos; pero al fin hubieron de ceder y declararse en retirada: los turcos huían en todas direcciones: los que salvándose por un lado de la metralla de los cañones rusos se creían seguros, caían después alanceados por los cosacos ó acuchillados por la caballería regular, concluyendo por entregarse prisioneros en número de 17.000 hombres, entre los que se contaban cinco Pachás y 800 oficiales. Los restantes llenaban los hospitales de Kars, y 2.500 quedaron tendidos alrededor y dentro de sus obras defensivas.

Cuando amaneció, todo había concluido: cadáveres de unos y otros combatientes bordaban los fosos y el recinto de los fuertes, especialmente los de Tchim y Takmass, en que la resistencia fué más obstinada. Cuando el General en jefe penetró en la plaza, vió que el botín de guerra principal había sido la total destrucción de 32 batallones, inmensa cantidad de víveres, municiones y armamento, y más de 300 cañones. Las pérdidas de los rusos fueron: un general muerto, otro herido, 17 jefes y oficiales muertos y 470 soldados. Los heridos fueron: 58 oficiales y 1.700 hombres.

Tal fué la famosa embestida y toma de Kars en una sola noche, tenida por inexpugnable, defendida por 15 fuertes y con extraordinaria tenacidad por los turcos, en número casi igual al de los acometedores. Demás está añadir que á los victoriosos rusos nada podía oponérseles ya en Armenia. Así lo demostraron los siguientes sucesos, pues ninguno de importancia ocurrió ya en Asia, haciendo exclamar al Czar: «Esa plaza es rusa ya; porque una ciudad que se toma tres veces, pertenece de derecho al vencedor para siempre.» En efecto, Kars forma parte hoy del Imperio de Rusia.

A. B. G.

PÁGINAS DE UN CARLISTA

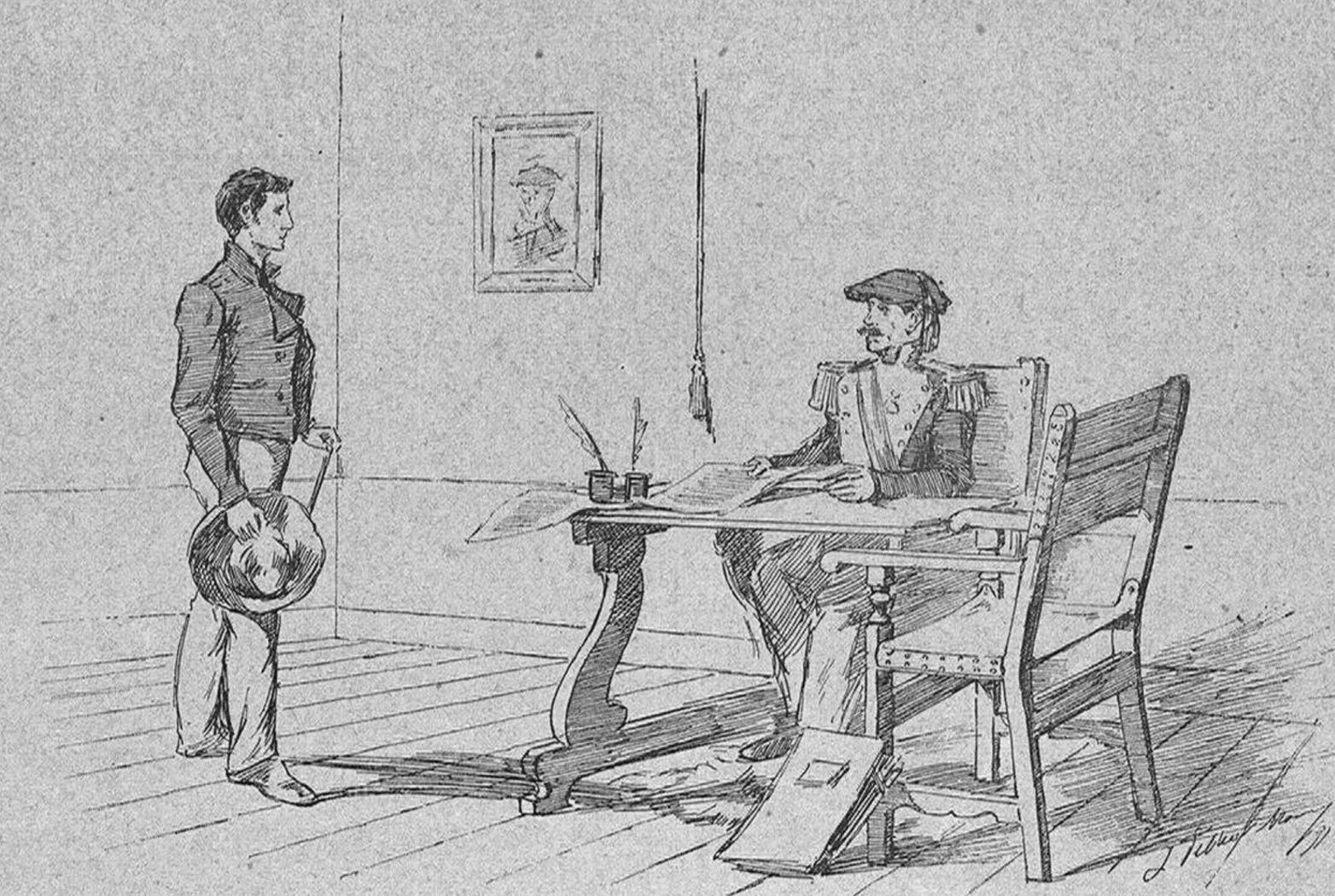
POR F. SAGREDO Y ESCOLANO.

(Conclusión.)

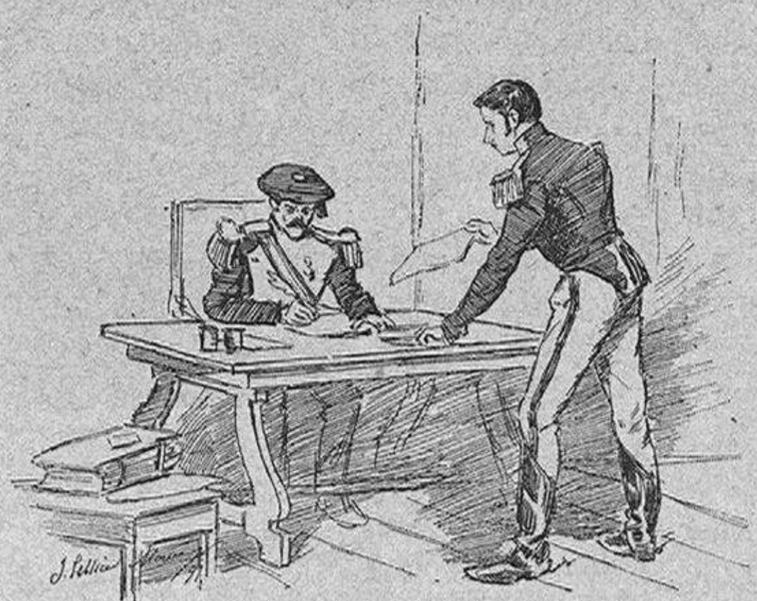
Quedé muy ufano de mi nombramiento. No obstante, allí la ración suponía el fusil, y figuré desde luego en la 5.^a Compañía del 1.^{er} Batallón encartado, retirándome al cuartel mientras se me preparaba otro alo-

jamiento y otra ocupación más en armonía con mis estudios y mi carrera. El vestuario, cortado para reclutas del Norte, altos, robustos y buenos mozos, no podía servirme; por fin conseguí un uniforme á la medida y un capote ó *barragán* proporcionado y conveniente. Llenas las condiciones externas, en donde, por más que se intente disimularlo, el hábito contribuye mucho á hacer el monje, me llamaron á los pocos días, y tomé posesión del nuevo empleo. Mi habitación, que dispusieron en la misma casa de Andéchaga, hizo que todas las órdenes y avisos pasasen por mi mano, confianza que halagaba no poco mis dieciocho años, ó hablando claro, mi vanidad. Ante la idea de intervenir personalmente en el drama nacional que se ventilaba á cañonazos, sentí aumentada mi natural suficiencia. La juventud es de suyo presuntuosa, y me daba aires de militar inteligente. Verdad que dormía bien, comía con el General y llevaba una vida idéntica á la de los militares de Madrid. ¡Cuántos brillaban en el ejército de 1834 que no seguían mejor sistema que el mío! Con frecuencia se les observaba sumidos en la ociosidad, cual si los conocimientos tácticos y estratégicos viniesen acompañando á los nombramientos y á los ascensos. Fué menester que el General Fernández de Córdoba quebrantase la rutina, y si no pudo oscurecer la gloria de Zumalacárregui, sus *Memorias* destruyeron el quietismo de los *espectantes*, abriendo ancho campo á nuevo un género, cultivado hasta el exceso años después: el de los militares *indispensables*.

Mi sueldo de secretario empezó á ser ninguno; esta era la *paga corriente* que disfrutábamos los servidores de Carlos V.—Encontré organizado el 1.^{er} Batallón de mil plazas completas, y en planta la formación de otros tres; lo que nos daba bastante que hacer. Apenas tuvo la Comandancia aspecto de oficina, todos los oficiales acudían presurosos á pedir sus nombramientos y hojas de servicio; por fortuna había yo leído que el público es una mansa vaca de leche que fácilmente se deja ordeñar. No me descuidé: dos reales de cada documento me parecieron módica retribución, si se atiende á la penuria de las circunstancias por que atravesábamos y á mis excepcionales dotes de pendolista. Así como que no quieró, saqué de este trabajo unos cuarenta duros, cuando nadie veía un cuarto. Ni aquellos mismos cuatrocientos capitanes, cuyos apellidos y hazañas ornamenté con mis rasgos, lograron cobrar esa cantidad en los siete años que duró la guerra. Añádase á las exigencias particulares, que Andéchaga, como la mayor parte de los hombres de acción (incluyendo entre ellos á los labradores), odiaba coger la pluma. Comunmente me decía de palabra lo que deseaba que le escribiese, dejando á mi cargo la redacción de los documentos. Me dediqué, pues, al cultivo de la oratoria militar, y no me faltaron ocasiones en las que lucir trozos empapados de elocuencia enérgica y vigorosa.—«Juiciosamente pensando, á un militar que escribe no le sientan bien los giros y frases de un obispo; el estilo es el hombre, y el hombre aquí mi Comandante general: mandemos, dominemos, dispongamos.»—Consecuente con tal raciocinio, los sentimientos inhumanos, los



quejidos lastimeros de las víctimas, la sangre de las batallas, la persecución de la Iglesia de Cristo, todo lo acumulaba sin piedad sobre la cabeza de los jefes *crístinos*, en expresivos períodos consistentes. Andécha-ga se pagaba mucho de los buenos escritos, y si le presentaba mis papelotes á la firma, no me satisfacía leerlos sencillamente, sino que sazónaba mis párrafos con la expresiva entonación del que, persuadido de lo que dice, desahoga su patriotismo. La levantada é inimitable manera de nuestros antiguos, secundaba admirablemente propósitos nada exentos de combatibili-

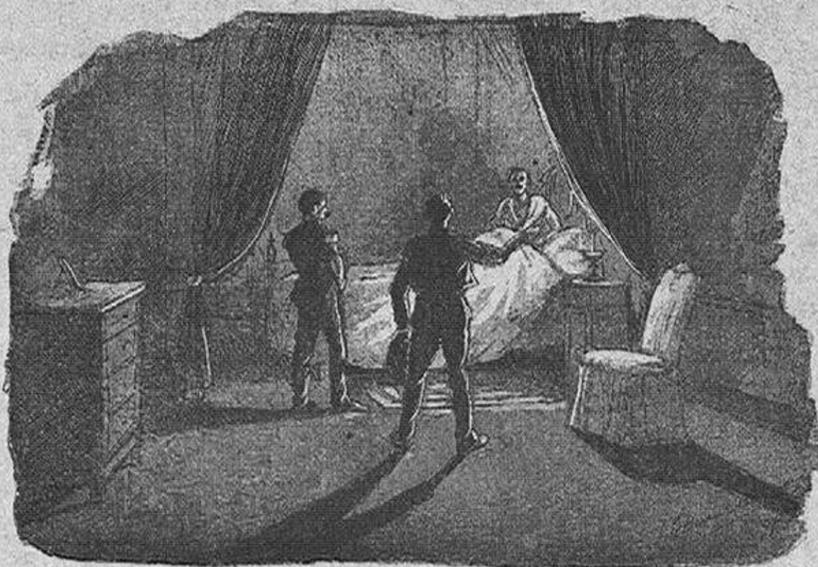


dad. «Ya llegó el día, mis leones de España, de saciar »la sed de honra que siempre tuvisteis, y para ello el »Cielo os puso delante esa mala pécora en que os ce- »béis, enemiga del Trono y del Altar.» Así empezaba una de las alocuciones que mereció extraordinario aplauso, copiada á la letra del célebre *Marqués de Pescara*. El General, por su parte, no dejaba de estimularme: «Bien, hijo, bien. ¡Duro en los pícaros *negros!*

Cada uno se bate según puede, y no seré yo quien corte los vuelos de tu fantasía, pero no te importe; á muchos que no han escrito nada los fusilan lo mismo, y esto, ya ves..... es un consuelo como otro cualquiera.»

Dulcemente se deslizaban las semanas en tan bellísimo país; aunque rodeados de enemigos, ni nos perseguían ni se ocupaban de nosotros. Juzgué poco probable que durase la tranquilidad, y mis temores se confirmaron, recibiendo el bautismo de fuego, cuyos detalles han de ser el asunto del siguiente número.

Cierta mañana, al amanecer, pasaron recado al señor Secretario que un hombre jadeante y bañado en sudor deseaba hablar al General con urgencia. Me levanté rápidamente, pareciéndome que debía despertarle. En efecto; encendió luz, se sentó en la cama y



me ordenó que hiciese entrar al paisano en su alcoba. Encerrados que fumios los tres, nos dijo: que era sastre de oficio, y por la casualidad de vivir en barrios

extremos, tenía su casa un pequeño ventanillo abierto en la misma muralla de Bilbao, por el que había visto salir en dirección á Valmaseda una columna que trataba de sorprendernos. Corriendo por atajos y veredas había conseguido adelantarse á la tropa; pero que ésta no debía tardar en aparecer y que nos lo prevenía en cumplimiento de su obligación.

La respuesta del General fué muy sencilla: tomó dieciséis duros que yo mismo le saqué de su maleta, y dándoselos al mensajero, añadió: «Amigo, acaso te parezca poco, y aun quizá pueda parecerle mucho; pero una onza de oro es la cantidad que la Comandancia de Valmaseda tiene señalada para semejantes servicios. Yo, sin embargo, he de añadir á la recompensa las gracias en nombre del Rey, pues tal es mi deber. Anda, vete á descansar, que buena falta te hace.»

Entonces supe por el mismo General que hacia Castro y Santander se notaba también movimiento de tropas; lo que me demostró que, á pesar de mi importancia y mis ínfulas de *D. Preciso*, no todas las noticias le llegaban por su Secretario. A no ser por el sastre, nos hubieran cortado la retirada.

Presa de la más viva impaciencia, me deshacía á observar la calma del General; no pude contenerme, y se lo hice presente. «Por fin rompiste, exclamó riéndose. ¡Cómo se conoce que has venido ayer! Tranquilízate, que por mucho que corran habrán dado las doce antes de que los veás en Valmaseda.» Mandó tocar llamada; dió sus órdenes; puso centinelas donde le pareció, y á medio vestir tomó chocolate con grandísimo sosiego. Así que hubo concluido, y como si se propusiese consumirme, se sentó al fresco en el balcón principal de la fachada, á fumarse el cigarrito de costumbre. Permanecimos allí buen rato; la casa dominaba gran extensión de terreno. A cosa de las nueve, las mujeres que pasaban por la calle, dirigiéndose á él, á quien veían en el balcón, empezaron á gritarle: «¡General, ya vienen los cristinos!» Únicamente por tranquilizar á los vecinos que se agrupaban enfrente de nosotros me pidió el antejo, pues á simple vista, por



el brillo del sol sobre los fusiles, se distinguía claramente la columna que empezaba á descender por una

cuesta: todavía distaban dos horas largas de la población. Concluyó de vestirse; su asistente trajo el caballo y nos dirigimos á las afueras, donde, recorriendo la línea del batallón, que con sus jefes á la cabeza descansaba sobre las armas, y hallándolo todo á su gusto, salimos al campo con extraordinario acompañamiento de mujeres y de chiquillos.

Duró bastante la marcha. Destinó varios hombres á vigilar los dos caminos por donde temía la llegada de las tropas de Santander, y toda la gente inútil, bagajes y demás se dirigieron por el rumbo que les señaló. Había escogido perfectamente el sitio del combate; entre los varios montes que rodean á Valmaseda, hay uno en el que han abierto los torrentes cierto callejón que, á modo de cortadura, lo atraviesa de parte á parte, sendero por el que podían marchar tres ó cuatro hombres de frente, y tan cubierto de malezas que sin conocer el terreno era difícil dar con él. Asegurada la retirada, presentó la acción delante del cerro, colocando las compañías convenientemente, y descansamos en nuestras posiciones, dando lugar á que viniera el enemigo. Habiendo sabido entonces que los bagajes iban ya marchando por el camino cubierto, me senté cerca del General, formando parte de su escaso Estado Mayor. Fumábamos y formábamos el corro el segundo Comandante, que iba á pie, cuatro ó seis oficiales del 2.º Batallón no organizado aún, y yo, sin contar el asistente y el corneta de órdenes, que se hallaban á distancia. Como el enemigo no venía, pedí permiso para pasar á vanguardia; no hubo dificultad, y llegué hasta las guerrillas. Por más esfuerzos que hice no pude comprender la combinación sacándome de mis pensamientos los primeros disparos de la columna y la gritería de nuestros *muchachos*.

Eran las dos de la tarde al empezar el *pim-pam* con que les contestamos, y aunque me encontraba sereno, sentía, no obstante, una presión en la boca del estómago, no muy agradable. Siguió luego el fuego graneado de una de las compañías, situada en un cerro contiguo. El enemigo debía contestar pero no se oía nada. Iba á retirarme á mi puesto para observarlo todo mejor, y no había dado muchos pasos, cuando nuestra guerrilla retrocedió corriendo con mucha broma: *Ahí están, ahí están*. Antes que me volviese á examinar la causa de su carrera, oí perfectamente: ¡Fuego!, siguiéndose una descarga cerrada de prolongada duración. Entre la nube de humo que produjo, distinguí la larga fila de galletas redondas pegadas á otros tantos chacós que en ordenada formación venían subiendo el monte. Tuvimos la suerte de que disparasen en dirección oblicua, es decir, á la compañía que les había molestado con el fuego de flanco, pero ya no vi más; comprendí instintivamente que la guerrilla no tardaría en volver rehecha á su encuentro, y temiendo encontrarme entre dos fuegos, el espanto y el miedo á la muerte me cegaron, y ante una escarpada pendiente por la que no podía bajar, me senté en el suelo y me dejé escurrir, destrozándome por completo los pantalones. Como llegué al valle, no quiero recordarlo, sólo sí que cuando cesó aquel vertiginoso volteo, oí otra descarga, y otras

y los gritos de ¡Viva el Rey! ¡Viva la Reina! atronaban el espacio. Atravesé terrenos, penetré matorrales, salté zanjas y subí á mi antiguo puesto con no poco trabajo. Procuraba dominarme, ocultando en lo posible la turbación y el estado de mi traje; pero nadie se fijaba ya en mí. El combate mientras tanto se recrudecía; encaramado en las piedras más altas, miraba sin entender y oía sin mirar el indescriptible gemido que producían las balas de las descargas cerradas, guadaña mortífera que se cimbreaba sobre nuestras cabezas. A las cinco acabó el estrépito de la fusilería, y sin ningún toque algunas compañías desfilaron con el mayor silencio por delante de nosotros. Empezaba nuestra misteriosa retirada. Después las seguimos con las restantes, oscureciendo á poco de habernos metido por el camino cubierto. El enemigo, creyéndonos en su poder, dió un ataque simultáneo y animoso, á fin de cosernos á tiros contra la montaña; atónito de nuestra desaparición, y recelándose de que aquella estrategia tuviese por objeto cortarle la retirada á Valmaseda, retrocedió desconcertado á la villa en la que penetraron las tropas mezcladas y en desorden, según nos dijeron después. Jamás vimos en los siete años acción de tan positivo efecto teatral, y si se consideró siempre una escaramuza que concluyó con la retirada de ambas fuerzas, por ser tarde para entablar una acción formal, el hecho es que no nos sorprendieron, principal cometido de la batida columna, que no se debe pasar en claro, puesto que con esa intención salieron de Bilbao.

Caminamos hasta las ocho con gran celeridad, sin fumar y sin que se oyera una voz, deteniéndonos en un pueblo cuyo nombre no recuerdo, para que comiese y descansase la gente. Cerca ya de las diez de la noche, dispuso Andéchaga reconocer el sitio del combate. Me dieron deseos de acompañarles en visita tan intempestiva y original, y previo permiso, me uní á los oficiales que mandaban las dos compañías: una sin armas con camillas y bagajes, y la otra porque, habiendo estado de reserva, conservaba intacto el contingente de cartuchos.

Cuando estuvimos en las posiciones, encendimos el farol, se prepararon las camillas y empezamos á reconocer los muertos y retirar nuestros heridos. Pero no

ocuriéndosele lo mismo al enemigo (ó bien porque lo dejaran para el día siguiente), los heridos contrarios, al resplandor de la luz, nos mareaban con lastimoso vocerío. Especialmente al subir á las alturas, todos veían el farol, todos clamaban á un tiempo. Efecto fantástico y desagradable. ¡Aquí.... Mallorca!, gritaban desde la oscuridad de los barrancos. ¡Ya val!, les respondíamos, pues no recogimos los contrarios hasta que se concluyeron los nuestros.

Se aprovechó el tiempo: una fila de heridos en el suelo y los machos cargados con exceso, de armas, ropas y toda clase de objetos, me explicaron la desnudez en que iba encontrando los muertos. Estaba cansado y me fuí con la primera expedición que debía volver con las camillas para llevarse los restantes. El Alcalde se hizo cargo de los heridos cristinos, colocándolas en la casa de Ayuntamiento, y los heridos carlistas se condujeron á otro pueblo más distante y más seguro.

Resultados materiales del encuentro: cuarenta y cinco fusiles con sus bayonetas y fornituras, bastantes cartuchos y buena cantidad de vestuario, abandonando los chacós, que no nos servían para nada.

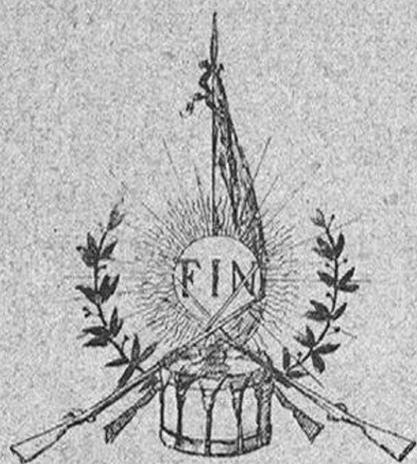
Durante las operaciones de campaña no era tan útil al General como en tiempo de paz. No dejó de animarme, alabando mucho mi sereno comportamiento, quizá porque, como buen militar, miraba las cosas de frente; si me hubiese visto los pantalones por detrás, no me hubiera celebrado tanto.

Después de ligero descanso, salimos aquella misma noche, alejándonos lo posible de los alrededores de Valmaseda. La estrategia aconsejaba poner tierra por medio por si se reconcentraban columnas. Lo probable era que se retirasen por donde habían venido; pero ignorábamos si tomarían ó no por lo serio las operaciones de D. Castor.

Aquellas compañías que había visto batirse en campo abierto con disciplina y orden, estaban ya acostumbradas al fuego. El levantamiento de Andéchaga coincidió con el de los voluntarios realistas de Vitoria en octubre de 1833, y desde esa fecha hasta mi llegada habían sabido, no sólo equiparse y ejercitarse en el manejo de las armas, sino establecer una Administración del territorio, fecunda y provechosa, á la que contribuían con gusto todas las villas que estaban bajo el mando de D. Castor. Con satisfacción indudable consideraban los *Encartados* el aumento de aquellas fuerzas, formadas lentamente, pero ya de difícil destrucción, y los encuentros que sostuvieron, sin perjuicio de prestarles multitud de elementos de que carecían, influyeron tanto en la fama del General, que Andéchaga llegó á ser celebradísimo en el país. La Providencia me había ido guiando: sin pensarlo ni discurrirlo, di con el núcleo mejor organizado y más desconocido de las tres provincias Vascongadas. No menciono el reino de Navarra. Un genio como el de Zumalacárregui, por fuerza hubo de imprimir á la guerra impulso muy diferente, y no cabe la comparación. Lástima que á nuestros batallones, como pertenecientes á la raya de Santander, les faltase algo de esa ciega sumisión, bello ideal de la disciplina.



He aquí, amable lector, los afanes y trabajos de un carlista, únicamente para llegar al teatro de las operaciones en 1834; y aunque durante *siete años* hizo la inquieta vida de campaña, pedir que continuase narrando sería en rigor exigirle la historia de la guerra civil, empresa delicada, que requiere, entre otras cualidades, *imparcialidad*, y ésta no puede tenerla un carlista apasionado como confieso serlo yo.



BOCETOS MILITARES

FORTIFICACIÓN

II

Para contrarrestar el poderoso efecto moral y material de los fuegos de sumersión, de enfilada, de revés y oblícuos, se construyen perpendicularmente á la línea de fuego unos *traveses*, que son unos macizos de tierra, de espesor y altura variables, según las condiciones del fuego enemigo. Para el abrigo de la guarnición de infantería durante el combate de cañón, se pueden construir los *traveses-corchetes* del general *Brialmont*, los cuales consisten en pequeñas trincheras perpendiculares al talud interior del parapeto, y con cuyas tierras excavadas se forman pequeños traveses del lado de los fuegos enemigos de enfilada; traveses que resguardan á los defensores de infantería, quienes esperan así á cubierto el momento de subir á la banqueta. Para contrarrestar los fuegos de revés, se construyen *espaldones*, ó sea macizos de tierra análogos á los traveses; pero levantados á retaguardia de los objetos que se quieran proteger.

El fuego curvo, hecho por grandes ángulos de proyección, ó bien por sumersión con cañones ó vertical con morteros, es el que más daño causa á los atrincheramientos, por lo cual en el interior de las obras hay que disponer abrigos, á los cuales se les da generalmente la forma de una trinchera, cuando el ángulo de caída de los proyectiles enemigos no excede de 14 grados; en caso contrario, hay que construir blindajes horizontales ó inclinados, de madera ó de hierro, y de los cuales unos se destinan á almacenes de municiones ó víveres y otros á alojamientos de la guarnición; los repuestos de municiones necesitan un blindaje que resista bien, por prolongado que sea el cañoneo que haya que sufrir, y suelen ser enterrados, lo mismo que los abrigos de la guarnición.

Si se supone prolongado el plano de fuegos hasta su intersección con el terreno que hay á vanguardia del parapeto, todo el espacio que queda bajo dicha prolongación, y en el cual está comprendido el foso, se llama *espacio muerto*, porque no está batido por los fuegos de la defensa, gracias á lo cual puede en él el asaltante prepararse descansadamente para la escalada del parapeto, si no se bate el foso en toda su extensión con los fuegos de otro parapeto que lo flanquee, ó construyendo en el mismo foso, con viguetas, troncos de árboles ó rails, un espacio cerrado que se llama *tambor*, ó *caponera* si está cubierto con un blindaje.

Toda tropa que se propone tomar una fortificación, calcula, mediante el estudio de los medios de defensa empleados desde los tiempos de *Vauban*, qué clase de trabajos pueden constituir los atrincheramientos, y en su consecuencia, aperebirse á salvar los obstáculos ordinarios que se puedan oponer en su avance; lo que no puede prever es el medio de vencer los obstáculos extraordinarios con que tropiece; así que por medio de éstos se procurará estorbar su marcha todo lo posible, y detener su avance aunque sólo sea cortos momentos, porque á veces unos cuantos minutos más de los que el enemigo calculaba necesitar para dar el asalto pueden ocasionar su derrota.

Es, pues, necesario dificultar cuanto se pueda la escalada, con el cual objeto se pueden oponer al enemigo, entre otros obstáculos, los siguientes: varias filas de piquetes fuertemente hincados en el suelo, del cual sobresalen próximamente un metro, distantes dos ó tres unos de otros y enlazados en todos sentidos por gruesos alambres de hierro; los *pozos de lobo*, que son unas excavaciones tronco-cónicas, de metro y medio de profundidad, en cuyo fondo se clava un piquete aguzado por su extremidad superior, y que se colocan en cuatro ó cinco filas delante de las obras; las *talas de árboles*, consistentes en una ó varias filas de árboles cortados, que se enlazan entre sí y se fijan sólidamente al suelo, aguzadas las puntas de las ramas más gruesas y resistentes; los *caballos de frisa*, que consisten en una gruesa viga de madera atravesada en dos sentidos perpendiculares por unas estacas puntiagudas; las *minas*, cargas de pólvora enterradas á una cierta profundidad, y á las que se da fuego por medio de aparatos eléctricos, de salchicha instantánea ó lenta, ó de una canal llena de pólvora, y las *fogatas pedreras*, que constan de una excavación en forma tronco-cónica, cuyo eje tiene comúnmente una inclinación de 45°; en el fondo de la excavación se coloca una caja que contiene la carga de pólvora, á la que se da fuego por medio de una salchicha enterrada ó de otro cualquier modo; encima de la carga y perpendicular al eje se coloca un tablero, y sobre él la carga de piedras, de manera que cuando se comunica el fuego á la carga ésta arroja el tablero, llevándose por delante las piedras, á las cuales lanza á considerables distancias; con una carga de 25 kilogramos de pólvora se pueden arrojar 3 metros cúbicos de piedra á 100 metros de distancia.

En los campos atrincherados se establecen general-

mente las piezas á cubierto, en obras especiales llamadas *espaldones* cuando tienen por objeto proteger una sola pieza, y *batertas* cuando protegen varias. El terraplén ó esplanada suele ser *enterrado* á unos 0'50 metros del suelo natural; las tierras que se extraen al efecto sirven para la construcción del parapeto ó espaldón que cubre el frente y los flancos del emplazamiento; el terraplén comunica á retaguardia con el terreno natural por medio de una rampa, y las municiones se sitúan en unas cajas empotradas en el talud interior del parapeto. Para completar el emplazamiento, se abren á derecha é izquierda del terraplén unas zanjas cuyo suelo esté 0'50 metros debajo de él, y por lo tanto un metro más bajo que el suelo natural; el objeto de estas zanjas es proteger á los sirvientes de la pieza, con el cual objeto se usan también los bone-tes. Las baterías consisten en un parapeto á cuyo abrigo se emplazan las piezas, contando cada una con un terraplén y separados éstos unos de otros por zanjas de un metro de profundidad y lo más estrechas que sea posible, para proteger á los artilleros de los fuegos de sumersión de los cañones enemigos. Cuando está expuesta la batería á fuegos de enfilada, se construirá un través entre cada dos esplanadas, las cuales se comunican con las zanjas y el terreno á retaguardia por rampas de uno de base por medio de altura; en fin, en el talud interior del parapeto se empotran la cajas ó toneles que hayan de servir de repuesto de municiones.

En todo lo anterior nos hemos referido á las obras de campaña que hemos apellidado de *posición*; en cuanto á las *volantes*, citaremos como ejemplo de ellas: las *trincheras abrigos*, los *pozos de tirador* y la conocida entre los escritores militares con el nombre de *trinchera carlista*, por haberla empleado antes que nadie los voluntarios de Carlos VII, sabiamente dirigidos por el General D. Francisco de Alemany y los brigadieres D. Alejandro Argüelles, D. José Garín y D. Amador Villar, antiguos jefes del Cuerpo de Ingenieros antes de la revolución de 1868.

La trinchera abrigo es un atrincheramiento falto de foso exterior y compuesto sólo de una pequeña trinche- ra en la que se establecen los tiradores, quienes hacen fuego por encima de un pequeño parapeto cons- truido con las tierras extraídas de la excavación; y que sólo resiste las balas de fusil, pues su espesor varía entre 45 y 50 centímetros. Varios son los perfiles que se pueden dar á la trinche- ra abrigo; más lo que prin- cipalmente importa es que su altura sea la conveniente para que el tirador pueda hacer fuego con comodidad, cualquiera que sea la postura en que se coloque. El pozo de tirador suele servir de abrigo á los centinelas y tiradores encargados de la vigilancia de una posi- ción ó de hacer fuego sobre los sirvientes de las pie- zas enemigas; se reduce á una excavación rectangular, circular ó de otra cualquier forma; su perfil es vario, como el de las trincheras abrigos, y suele estar guarne- cido cada uno por dos ó cuatro tiradores. La trinche- ra carlista (llamada *zanja trinche- ra* por algunos) es una simple zanja, cuya profundidad y ancho varían en- tre 1'40 y 1'50 metros la primera, y 0'50 y 0'60 me-

tros el segundo; los voluntarios formaban en una sola fila (en la que se embebían los oficiales y clases); para tirar solían ponerse sobre piedras que, colocadas en el fondo de la zanja, les servían como de banqueta, y apoyaban los fusiles en el terreno natural; las tierras de la excavación se ocultaban en cualquier hondonada, y no presentando así ningún blanco á la artillería libe- ral, porque el poco ancho de la trinche- ra le hacía pa- sar inadvertida á cierta distancia, contrarrestaban so- bremanera sus terribles afectos.

Algunos escritores liberales, paisanos en honor de la verdad, periodistas los más de ellos, *héroes..... de café, mártires de la libertad.....* cuando estaban lejos de las balas carlistas; de aquellos que con sus artículos y discursos embarcaban en la lucha á sus correligiona- rios y se quedaban en tierra para luego disfrutar am- pliamente del éxito miserable amasado con el dinero de los honrados labradores y la sangre de los pobres soldados, que arrancados de sus casas por los *santones* del liberalismo y alucinados por ellos, se batían con- tra la Religión que sus madres les inculcaron y contra el Rey de las gloriosas tradiciones de nuestra patria; algunos escritores liberales, decíamos, faltos por com- pleteo de la más ligera noción del arte de la guerra, ins- pirados en su ignorancia y en su odio de secta, han censurado con toda la petulancia propia de sus cabe- zas *hueras* el que los carlistas usaran trincheras, acha- cándolo á cobardía, sin fijarse en que el mismo duque de la Torre, general en jefe del ejército liberal, pocas horas después de terminada la batalla de San Pedro Abanto decía á Zabala, ministro de la Guerra, cuan- do le participaba su derrota y le pedía refuerzos: «Los »carlistas se conducían valerosamente; pues si bien es »cierto que se batieron á cubierto, en cambio nuestra »artillería podía causarles grandes destrozos sin que »por su parte tuviesen elementos que contrarrestasen »los efectos poderosos de tan terrible arma»; justifican- do así, y hasta aplaudiendo desde el punto de vista mi- litar, el proceder de las tropas carlistas, proceder que no puede menos de juzgar lógico y natural todo el que considere que en dicha batalla, como en casi todas, era grandísima la desproporción entre las fuerzas y el material de guerra con que contaba nuestro ejército, y las fuerzas y el material de guerra de que fácilmente disponía el ejército enemigo.

REYNALDO BREA.

NUESTROS GRABADOS

El prisionero.

(Gran lámina suelta.)

El artista Sr. Vehil ha impreso el sello de la realidad al imaginario asunto que ha desarrollado su lápiz. Claro que en la guerra se suceden á diario los casos como el que expresa la presente lámina; pero en no significar ella ningún episodio determinado, estriba precisamente su mérito. El hermosísimo paisaje parece copia del natural, y no lo es, y todos los que hayan militado en las filas carlistas, aun en distintas regiones, encontrarán rigurosamente histórico el asunto.

Don Simón de Montoya.

(Pág. 33.)

Véase el artículo de la pág. 35.

Hospital de Santurce (Vizcaya).

(Pág. 36.)

Ya se ha hablado de este benéfico establecimiento, en donde *La Caridad* empezó á practicar sus humanitarios servicios durante las batallas de Somorrostro.

Plano de Kars.

(Pág. 37.)

Véase el artículo de la pág. 37.

Regalo de Don Carlos á Doña Blanca.

(Pág. 39.)

Copia directa de fotografía del artístico abanico ideado por el célebre pintor italiano Luigi Gasparini. El Augusto Duque de Madrid, con motivo de la celebración de sus días, lo regaló en noviembre último á su hija la Archiduquesa Doña Blanca.

El Desierto.

(Pág. 40.)

Más de una vez se ha hablado, al reseñar las operaciones del sitio de Bilbao, de este fuerte. El destacamento que lo guardaba se rindió á los carlistas el 22 de enero de 1874, á pesar de la protección de los buques liberales.

Homenaje á Peñal.

(Pág. 41.)

Sentimos no poder revelar el nombre del autor, compatriota nuestro, que ha adornado el palacio Loredán con tan artístico trabajo alegórico.

El grabado es copia directa de fotografía.

Páginas de un carlista.

(Págs. 43-44-45-46.)

En el presente número damos fin á esta interesante lectura. Esperamos que su autor nos favorecerá á menudo con trabajos que son tan del agrado de nuestros lectores.

LIBROS RECIBIDOS

LA TUMBA DE HIERRO, por *Enrique Conscience*.—*El Correo Español* ha obsequiado á sus suscriptores con esta interesantísima novela, que indudablemente será también leída con avidez por todos los amantes de la sana literatura.

En su castizo texto van intercaladas preciosas ilustraciones alegóricas, y toda ella es bien presentada, como todo lo que se imprime en *La Hormiga de Oro*.

Acaba de publicarse en Bilbao la tercera edición de un devocionario manual titulado EL ÁNGEL DE LA MISA, del cual se ha hecho una tirada de 185.000 ejemplares, con el fin de darlo á un precio sumamente insignificante.

Es un bonito libro de propaganda católica, que seguramente tendrá aceptación y servirá de gran provecho, sobre todo á los niños.

Lo recomendamos muy eficazmente á los señores curas, maestros de escuela y libreros, y agradecemos al editor los ejemplares que nos ha mandado.

Véndese en la librería Católica de Bulfy y Compañía, Bilbao, al precio de 10 céntimos ejemplar y 3 pesetas el ciento, franco de porte.

Para recibir el envío es preciso acompañar su importe, al hacer el pedido, en libranza del Giro mutuo, sellos de 15 céntimos ó Letra sobre Bilbao.

Nuestro particular amigo el comandante-capitán de ingenieros, D. Pablo Parellada y Molas, ha tenido la amabilidad, que agradecemos, de mandarnos dos ejemplares de su ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO leído en la sesión solemne celebrada por el magnífico Ayuntamiento de Valls el día 4 de Febrero de 1891, con motivo de la colocación del retrato de D. Pedro Antonio Veciana, fundador de las Escuadras de Cataluña.

La circunstancia de ser nuestro distinguido amigo hijo de la ciudad que vió nacer al intrépido guerrillero, cuyos méritos ensalza, constituye un dato favorable para el librito; pero al leerlo queda pálido todo buen juicio que de antemano se hubiere hecho. La figura del nobilísimo patricio vallense queda retratada en vigorosas pinceladas, y sus heroicidades, por lo bien descritas, son otros tantos himnos del autor á las tradiciones de su patria.

Hemos recibido el programa del Certamen Literario que en honor del insigne maestro Fray Luis de León celebrará la Academia de Meléndez Valdés, de Salamanca, con motivo del tercer centenario de la muerte de tan esclarecido genio. Sentimos que la índole especial de esta Ilustración no nos permita insertarlo.

La Propaganda Católica, de Palencia, está editando unos DIÁLOGOS DE ACTUALIDAD, muy dignos de que sean propagados entre las clases populares. Véndese á 6 céntimos de peseta cada ejemplar en la calle de Ramírez, 8, Palencia.

La Propaganda Artística, de esta ciudad, ha editado unas bonitas láminas alegóricas del lema DIOS, PATRIA, REY, que se representan, respectivamente, por el Creador, Pelayo en los riscos del histórico Auseva y el Trono español..... ocupado por la Ley sálica que fué desconocida por aquellos que debieron darle toda su fuerza.

Dicha lámina se vende á 2 ptas., y hay que dirigir los pedidos á D. Aquilino R. de Austri, calle de Santo Domingo del Call, núm. 11, piso 1.º, Barcelona.

MIS PRISIONES. *Memorias de Silvio Pellico*.—Dos palabras tan sólo hemos de dedicar hoy á esta preciosa obra que está reimprimiendo la *Biblioteca Tradicionalista*. Diez años de encarcelamiento en los horribles calabozos de las antiguas cárceles de Venecia parece debían ser parte á que Silvio Pellico abominara de sus carceleros, de su suerte y de la Humanidad entera. Mas no resulta así; antes se ve en el autor italiano tal conformidad con la Providencia y, aun en medio de sus sinsabores, un tan delicado gracejo al relatarlos, que nos mueve á identificarnos con el cristiano autor de MIS PRISIONES. Al publicarse la obra, que será dentro de pocas semanas, nos prometemos hacer un estudio bibliográfico de la misma, que bien lo merece un libro que, mil veces impreso en diversos idiomas, es siempre solicitado con afán por los amantes de la buena literatura.

HERMOSAS TAPAS

en percalina y dorados para encuadernar el primer tomo de esta Ilustración: 3 pesetas. Incluyendo la encuadernación: 5 pesetas.

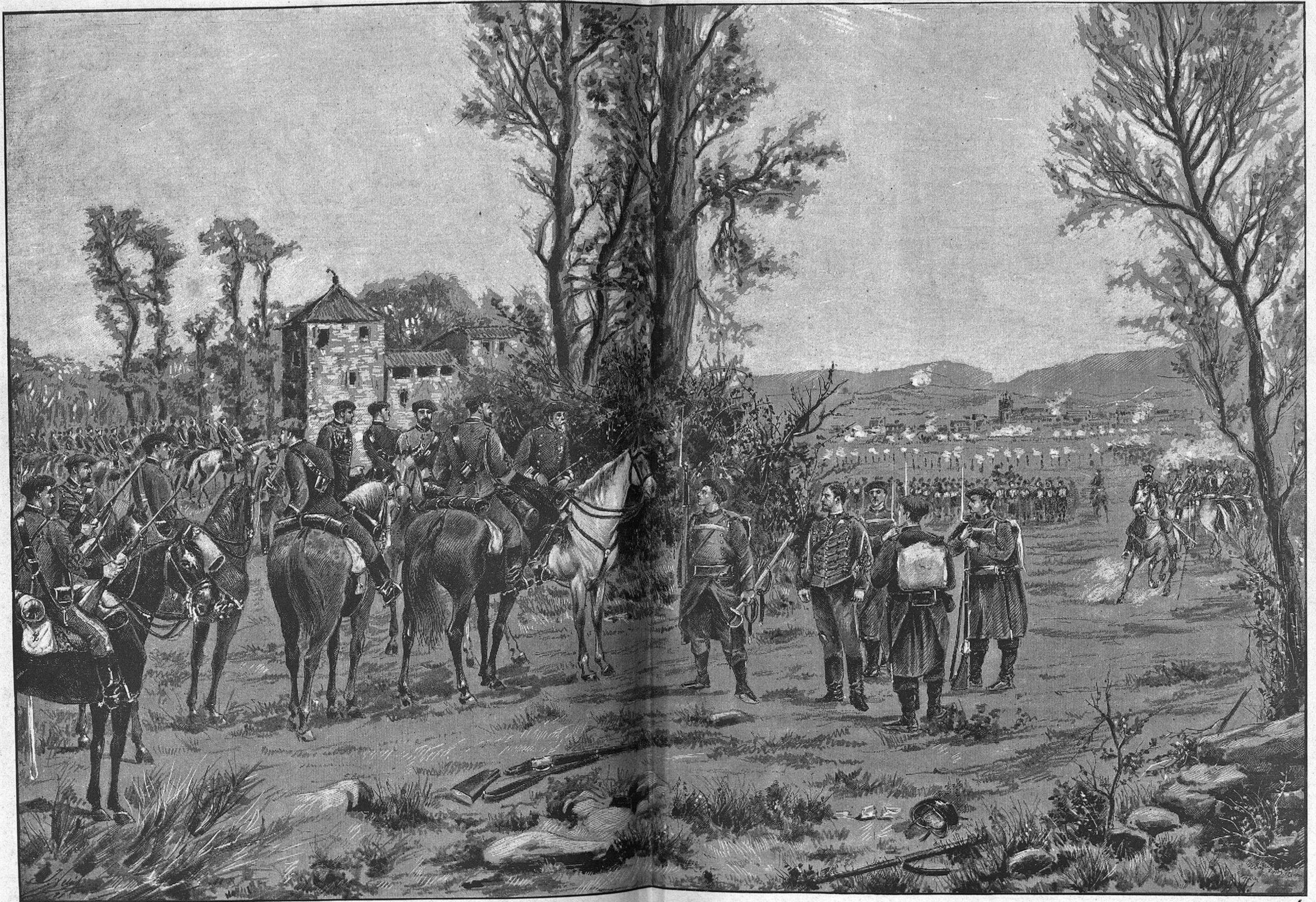
La colección encuadernada: 18 pesetas. Con corte dorado: 21 pesetas.

Las mismas tapas, dispuestas para guardar el número corriente de EL ESTANDARTE REAL, ó sea con cantoneras de metal y botones dorados: 5 pesetas.

Los portes van por separado.

Dirigir los pedidos á esta Administración ó á los señores Corresponsales de la misma.

Imp. «La Ilustración» á c. de Fidel Giró, Paseo S. Juan, 168.



EL PRISIONERO.—COMPOSICION Y DIBUJO DE J. VEHL.

